

# EL PLAN DE MAN

---

Publicado en *Bilan* nº 4 y nº 5, febrero y marzo de 1934 respectivamente.

Nuestra época presenta un profundo anacronismo entre la evolución de las fuerzas de producción, que empujan al proletariado a tomar la dirección de la sociedad, y el capitalismo, que no sólo se ve obligado a liquidar las organizaciones revolucionarias del proletariado para no desaparecer de la escena histórica, sino que también debe esforzarse por restablecer el funcionamiento unitario de la sociedad alrededor de sus intereses de clase, a través de un nuevo material histórico ante el cual el antiguo programa democrático parece anacrónico.

Las tempestades revolucionarias en el mundo entero obligan a todos los países (incluso a aquellos que no han tenido que enfrentarse a movimientos insurreccionales) a revisar las bases sobre las que se levantaba la sociedad burguesa de preguerra. La victoria del fascismo en Alemania ha sido la señal para la reorganización del capitalismo en todos los países: en Francia, Déat lanza el programa del neo-socialismo; Tardieu habla de que es necesario revisar la Constitución si no se quiere perecer. En Inglaterra, de una manera menos destacada, se desarrolla un proceso análogo desde 1931, con la dislocación del gobierno laborista y la formación de la Unión Nacional. El proceso aún no ha llegado a su pleno desarrollo, pero ni siquiera las potentes reservas del Imperio Británico lograrán que los acontecimientos se detengan en los resultados a los que se ha llegado en la Conferencia de Ottawa. En Norteamérica, Roosevelt ha promovido un plan de reconstrucción económica y “paz social” que se ha saldado con un gran fracaso.

En Bélgica, la huelga de mineros de julio de 1932 demostró que, debido a la particular situación de Bélgica, acorralada entre las dos principales fuerzas imperialistas europeas, la burguesía necesitaba dar nuevas soluciones al problema de su dominio. La ola de descontento proletario que acompañó a la instauración de los plenos poderes sólo pudo aplacarse gracias a la mascarada de los diputados, que aportaron millones de firmas al presidente de de las Cortes pidiendo que estas se disolvieran, ahogando así el referéndum para desencadenar una huelga general. Pero aún subsistía el problema de canalizar al proletariado alrededor de la burguesía, una vez que los acontecimientos belgas y mundiales ya habían puesto fin a sus ilusiones de sabotear los intereses del proletariado a través del sufragio universal, el parlamento y la democracia en general. Para ello había que modificar la “estructura”, y aquí es donde aparece De Man con su plan. De Man había estado de Alemania, conocía de cerca su experiencia y se asignó como objetivo, no ya atacar a **la clase, haciendo que el capitalismo desencadene el movimiento fascista, sino a la inversa: señalar todas las maniobras que caracterizan al movimiento fascista para luego apelar al proletariado a que haga suyas las bases programáticas sobre las que el nazismo ha lanzado su ataque en Alemania.**

La teoría socialista con la que el proletariado ha edificado todas sus organizaciones proletarias, con las que el proletariado ruso ha ganado su combate y el proletariado italiano, austriaco, chino y de todos los países ha librado sus luchas revolucionarias, todas estas teorías necesitan una reforma “estructural”. ¿Y por qué? ¿Quizá es que los acontecimientos han demolido estas teorías y la teoría del proletariado debe basarse, por tanto, en otras directivas? ¡Jamás en la vida! A De Man no le preocupa analizar cuáles han sido los errores, al calor de las derrotas y las victorias del proletariado y a la luz de la evolución de la sociedad capitalista. El resuelve el problema así: el fascismo triunfa porque puede movilizar a las clases medias contra el híper-capitalismo y porque logra comprometer al proletariado en defensa de la patria. El socialismo debe

robar al fascismo su programa, cambiando el suyo, y si las condiciones económicas permiten que los organismos proletarios sobrevivan, transfigurados ya según este plan, se alejará el peligro fascista, pero a cambio el proletariado deberá renunciar a su lucha revolucionaria. El plan del jefe de la escuela revisionista socialdemócrata, de este autor que como muchos otros ha querido ir más allá del marxismo, responde a estas consideraciones y ha sido aprobado por el Partido Obrero Belga. **La importancia del plan no está en sus enunciados, sino en que trata de que los obreros se suiciden ante sus enemigos.**

\*\*\*

El plan de trabajo del P.O.B. se basa en tres ideas centrales:

1.- Constata la evolución orgánica de la estructura del mundo capitalista. La libre competencia ha sido sustituida por el monopolio dirigido por el capital financiero. La relación que existe entre monopolio y proteccionismo ha hecho que la lucha entre “productores individuales sea sustituida por la concurrencia entre Estados”. Esta evolución ha provocado una tendencia al repliegue nacional de los Estados. Por tanto, hay que adaptar el socialismo a este “nuevo capitalismo”.

2.- La función actual de las clases medias, debido a su animosidad contra el capitalismo financiero, este híper-capitalismo que las aplasta y las lleva a una situación de estricta dependencia (salarizado), les da un carácter menos reaccionario que en 1848, en la época de Marx. Así, su anti-capitalismo permite establecer un frente de lucha junto al proletariado para poder lograr una reforma estructural que reduzca el campo de actuación del capitalismo financiero.

3.- Esta lucha a través del sufragio universal, en el marco de la Constitución belga, permitiría obtener la mayoría necesaria para modificar la estructura del Estado y reformar la estructura económica, dejando de lado los anteriores objetivos socialdemócratas que iban encaminados a modificar el reparto.

En sus artículos en “*Peuple*”, H. De Man ha ido desarrollando estos puntos. La génesis del plan parte del punto siguiente: *“la opinión según la cual el socialismo debe realizarse ante todo en el marco internacional reposa en una concepción ya superada por la evolución del capitalismo [...] La tendencia general de la evolución del capitalismo ha sufrido un vuelco. En lugar de continuar persiguiendo un mercado mundial cada vez más amplio, vamos hacia un nacionalismo económico que enfrenta cada vez más a unas naciones industriales con otras.”* Según De Man, esta evolución, que *“caracteriza el paso de una fase de progresión y de expansión a otra de regresión y repliegue”*, obliga al proletariado a concebir la socialización como nacionalización, adaptando *“la doctrina de la socialización a las transformaciones de la propia economía capitalista”*. Resumiendo, H. De Man estima que la nacionalización, *“al dejar tal como está el régimen de circulación basado en el mercado, es decir, en el dinero como base para el cálculo de los precios, los salarios y la rentabilidad”*, no sólo hace viable una “economía mixta” que no se aísle del mercado mundial y evite así el destino de *“los intentos de nacionalización vacilantes y poco adaptados a la nueva situación que se produjeron en varios países europeos tras 1918”*, sino que también permite acabar con el paro y orientar sensiblemente al proletariado hacia el socialismo.

Como todo “sociólogo” que se admira a sí mismo, De Man maneja el sofisma con bastante brío. Así, convierte la clásica tesis del reformismo –tan querida por Joseph Wauters, antiguo ministro de Estado–, que condenaba toda lucha revolucionaria dentro del terreno nacional si ésta no se producía simultáneamente en todos los países, en *“una concepción socialista ya superada”*.

Pero para la doctrina marxista, que sale al encuentro de los De Man y los Wauters, que se basa en las condiciones históricas del desarrollo del capitalismo en el mundo entero, las luchas revolucionarias que surgen en el terreno nacional tienen necesariamente un alcance internacional, pues son consecuencia de un proceso histórico que refleja la estrecha dependencia de las clases antagonistas a escala mundial. Por esto, cualquier lucha nacional del proletariado no puede llegar a buen puerto si no se inspira en las enseñanzas que se desprenden de la lucha del proletariado internacional, si no traslada esas enseñanzas a su campo específico de batalla.

Pero De Man no tiene intención de revisar su revisionismo para volver al marxismo; negar la tesis del reformismo clásico, que quizá pecaba de simplista, le sirve para precisar su concepción **activamente nacionalista** de la lucha obrera, relegando así al Museo de Antigüedades hasta la verborrea internacionalista, que era lo único que conservaba la socialdemocracia de su antiguo socialismo. Tendremos ocasión de hablar más tarde de este famoso aspecto del repliegue nacional. Examinemos ahora el problema principal. De Man, tras muchos otros, ha descubierto la tendencia actual del capitalismo: el repliegue nacional. Evidentemente, reconoce que *“el carácter general e irresistible de esta evolución ya ha sido reconocido por ciertos teóricos del socialismo desde finales del siglo pasado”*, pero a él le corresponde el gran mérito de haber descubierto el *“nuevo socialismo”*, una necesaria adaptación a la evolución del capitalismo.

La tendencia de los Estados capitalistas a desarrollar el proteccionismo, una condición indispensable para formar monopolios y, por tanto, un aspecto concreto del repliegue nacional, es tan vieja como el propio capitalismo. Ya Engels, en una nota al III tomo de *El Capital* (página 118), hacía una observación sorprendente sobre el proteccionismo en relación a las industrias de exportación: *“los capitalistas cada vez están más convencidos de que las modernas fuerzas productivas, con su rápido y gigantesco desarrollo, escapan día tras día a las leyes de cambio que supuestamente deben regirlas. Estos dos síntomas lo ponen en evidencia: 1º la nueva y universal manía de los derechos de producción, que se distinguen de la vieja idea proteccionista en que persiguen, ante todo, la protección de los artículos susceptibles de ser exportados; 2º los Cárteles y los Trust que se crean en las grandes ramas de la producción.”* Por otra parte, Lenin, en su folleto vulgarizador *“Imperialismo, fase superior del capitalismo”*, insistió lo bastante en el carácter proteccionista de este nuevo capitalismo surgido de la concentración de las empresas y los bancos como para permitirnos afirmar que, en resumidas cuentas, el *“descubrimiento”* de De Man es simplemente un truco publicitario para sacar a la palestra una idea bastante vieja, como ya ha señalado muy oportunamente L. Blum en el *“Populaire”*.

El repliegue nacional, pues, es una **tendencia orgánica del capitalismo**, una tendencia hacia una ganancia suplementaria que permite vender las mercancías en el mercado exterior a precios inferiores a los de coste, una manera de proteger las industrias nacionales de débil composición orgánica. El hecho de que en un periodo de contracción del capitalismo esta tendencia orgánica se refuerce en la misma medida en que se acentúa la concentración y el monopolio de las ramas de la producción, de que esta tendencia se refleje, en esta misma fase, en el establecimiento de una estrecha relación entre el Estado así reforzado y el capital financiero, no es más que un fenómeno **normal** de la economía capitalista, en un periodo en el que la preparación de la guerra necesita la máxima concentración capitalista en el plano nacional. Evidentemente, cada contracción trae sus *“novedades”*, pero esta novedad se refleja en un sentido de progresiva degradación. El nuevo capitalismo, las modificaciones en la estructura del capitalismo que De Man acaba de descubrir, se revelan como mistificaciones, términos pretenciosos para explicar el paso –que data del siglo XIX– del estadio de la libre competencia –que nunca existió en estado *“puro”*– al estadio del capital monopolista que abre la era del imperialismo. A este respecto, mucho antes que Henry De Man, Lenin ya

decía que “*el viejo capitalismo de la libre competencia y de la Bolsa, su indispensable regulador, se ha ido. Un nuevo capitalismo le sucede, aparentemente como algo transitorio, llevando a cabo una especie de combinación entre la libre competencia y el monopolio.*” Este proceso de transfiguración del capitalismo, que sustituye definitivamente la vieja lucha entre capitalistas aislados por la lucha entre Estados, instrumentos del capital financiero omnipotente, es pues un fenómeno específicamente capitalista, que se ha acelerado tras los nuevos antagonismos de la posguerra. En primer lugar, esta aceleración no es producto de una evolución necesaria del capitalismo, sino de la derrota del proletariado internacional, el único que podría haber armonizado el desarrollo de las fuerzas de producción. Esta “crisis revolucionaria que choca con la crisis capitalista” sólo podía llevar a una acentuación de las características específicas del mundo capitalista, a una absorción momentánea de los contrastes de clase que amenazaban directamente al sistema existente. Pero De Man no pretende rebajarse a una serie de fórmulas archiconocidas, quiere dar su particular significado al fenómeno capitalista: demostrar que las luchas obreras deben limitarse **naturalmente** a objetivos nacionales, tanto en su forma como en su contenido, que socialización significa nacionalización progresiva de la economía capitalista, o economía mixta. Con el pretexto de la “acción inmediata”, De Man llega incluso a proclamar que los obreros deben ajustarse a su “nación, una e indivisible”, la cual presenta como el refugio supremo para los obreros, arbolados así por la reacción capitalista. Estas son las consecuencias de la derrota revolucionaria en Alemania y de la degeneración creciente del Estado proletario.

## LAS CLASES MEDIAS

Esto es lo que aporta De Man sobre este tema: “*la pequeña burguesía de 1848 era liberal y democrática en el terreno político, pero monopolista en el terreno económico; la gran masa de las clases medias actualmente exige al Estado una política antiliberal y antidemocrática, pero se siente económicamente oprimida y explotada por los monopolios que detenta el capital financiero. Como no hace mucho, este anti-capitalismo de las clases medias viene acompañado de un ‘anti-proletarismo’ que es producto del temor a verse empujados a las filas del proletariado y del deseo de elevarse por encima de éste. Pero este anti-capitalismo ha cambiado su carácter al cambiar el propio capitalismo. Desde ciertos puntos de vista, económicos y no políticos, este anti-capitalismo se ha vuelto menos reaccionario que el del siglo anterior. En efecto, se dirige contra un capitalismo que ha pasado de su fase progresiva a la regresiva, a medida que la competencia cedía su puesto al monopolio, la iniciativa patronal al dominio bancario y el librecambio al proteccionismo. Resumiendo, hoy podemos decir que la masa de las clases medias se opone al capitalismo monopolista, pero no al capitalismo competitivo, y se da cuenta de que tiene intereses en común con las masas obreras frente al capitalismo financiero, pero no frente a otras formas de capital.*”

Así, según De Man la pequeña burguesía de 1848 era monopolista en el terreno económico. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre el monopolio y la corporación, y el hecho de que en el mismo artículo De Man hable de los “monopolios corporativos” no sólo lo confirma, sino que también demuestra que hay un poco de confusión en la cabeza de nuestro honorable profesor. El monopolio es resultado de la concentración de empresas y capitales y de la eliminación de la competencia en las ramas fundamentales de la producción del capitalismo en determinados países. En este sentido, sólo puede emplearse este término en el contexto de la economía capitalista. La corporación, en su forma más rígida,

data de la Edad Media y se corresponde con la producción artesanal\*. Paralelamente al desarrollo del comercio y la producción se producía una diferenciación de las funciones, que, desde entonces, dieron a las corporaciones una relativa reglamentación de la producción (limitación de la producción, del número de obreros, los precios, etc.). Es más, el desarrollo de la industria manufacturera, producto de las necesidades de un mercado que se expandía sin cesar, obligó a Turgot, ya en 1776, a abolir las corporaciones, gremios y cofradías, que eran obstáculos para el desarrollo de la burguesía. El edicto fue revocado ese mismo año, pero la Revolución Francesa, con la ley del 2 de julio de 1791, proclamó la libertad de trabajo y suprimió las corporaciones. Antes, pues, la corporación era monopolista, pero en un sentido absolutamente limitado, su único objeto era limitar regionalmente la producción o llegar a acuerdos entre productores independientes.

Por lo demás, bajo la monarquía absoluta, particularmente en los reinados de Luis XV y Luis XVI, las corporaciones ya estaban terriblemente dislocadas; se reducían a acuerdos entre pequeños productores que subsistían sobre todo gracias a la tradición, pero que eran sacudidos constantemente por el desarrollo del comercio. Este hecho ya lo señaló Jaures en su historia de la Revolución Francesa.

Esta confusión a la hora de evaluar dos términos diferentes permite a De Man establecer fácilmente sus “comparaciones históricas”: la pequeña burguesía de 1848 era liberal y democrática en el terreno político, pero monopolista económicamente. Hoy ocurre lo contrario, ¡la pequeña burguesía es menos reaccionaria que en el siglo anterior, pues supuestamente lucha contra el monopolio capitalista, que se halla en una fase de regresión!

La pequeña burguesía de 1848 no sólo estaba lejos de desear un retorno a un inexistente “monopolio”, sino que sus tendencias económicas no se encaminaban a restablecer las corporaciones tal y como existían bajo la monarquía, algo que por otra parte no podía lograr ante el poderoso asalto del capitalismo. En esa época la pequeña burguesía era reaccionaria, pero no porque tuviera una concepción de la organización social opuesta al desarrollo objetivo de las fuerzas económicas, **sino por el simple hecho de hallarse entre las dos fuerzas antagónicas de la sociedad**: el feudalismo y la burguesía. Su falta de cohesión y sus intereses heterogéneos le impedían formar sindicatos de productores —que, por otra parte, habrían sido incapaces de oponer resistencia al capitalismo industrial—; la tendencia de cada pequeño burgués a producir más y mejor para poder ascender y pasar a formar parte de la burguesía, le impedía manifestar una tendencia económica particular que le distinguiese claramente de las otras clases en el terreno de la acción política. Esta particularidad permitió a Engels afirmar, tras los acontecimientos de 1848, que los pequeño-burgueses *“se debaten entre la esperanza de elevarse a las filas de la clase más rica y el miedo a verse reducidos a la indigencia; entre la esperanza de avanzar algún paso en su afán de conquistar una parte del poder político y el temor a provocar con su intempestiva oposición la cólera del gobierno, del que depende su existencia, pues puede quitarles a sus mejores clientes; poseen pocos medios y su inseguridad es inversamente proporcional a su grandeza; la opinión de esta clase se caracteriza por su vacilación.”* (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*). Desde los inicios del siglo XIX, el desarrollo del capitalismo ha convencido a la pequeña burguesía de que es imposible luchar contra él, incitándola, al contrario, a elevarse hasta él. Resumiendo, la pequeña burguesía no juega un papel progresista, ni desde el punto de vista político ni desde el económico. Políticamente, su democratismo no era más que la expresión de su confianza en el porcentaje de población que representaban: *“la pequeña burguesía es extremadamente numerosa en Alemania debido al escaso desarrollo de la clase de los grandes capitalistas e industriales en este país.”*

---

\* Según Waitling (*“Estudio histórico de las corporaciones profesionales de los romanos.”*), “las corporaciones ya existían antes de la antigua Roma, pero carecían de métodos reglamentados o de un aprendizaje impuesto y no existían los monopolios.”

(Engels). Al ser mayoría, la introducción de la democracia y el liberalismo (que era considerado como un inconveniente necesario de la democracia) les daría la posibilidad de legislar la sociedad, de forma que podrían sobrevivir. Esto les llevó a apoyar a la burguesía, pero su lucha política conservaba ese carácter claramente reaccionario que se corresponde con su posición económica y su papel de tampón entre las clases fundamentales de la sociedad.

A este respecto, podemos traer a colación otra cita de Engels: *“La pequeña burguesía es valiente a la hora de jactarse pero impotente cuando hay que actuar, le aterran las empresas arriesgadas. La naturaleza mezquina de sus operaciones comerciales y financieras es una muestra eminente de su carácter irresoluto y carente de iniciativa; su actividad política no puede sino ofrecer las mismas características.”* Así, tanto por su situación económica como por su actividad política, la pequeña burguesía de 1848 representaba una clase reaccionaria. Los pequeños campesinos y agricultores eran quienes podían aportar algo progresivo en aquella época, por el hecho de que *“se lanzaron principalmente a los brazos del partido revolucionario: por una parte, por el enorme peso relativo de los impuestos; por otra, por las servidumbres feudales que pesaban sobre ellos”*. Ocurrió lo mismo con los funcionarios que luchaban junto a la burguesía para que se abolieran las jerarquías administrativas basadas en lazos de consanguinidad y pasaran a fundarse en los principios de la burguesía: la libre elección y el ascenso de los funcionarios según sus capacidades. Estas dos categorías sociales que lucharon por la abolición de las supervivencias feudales tuvieron, por tanto, un papel progresista.

Pero De Man no teme contradecirse: por una parte admite, con Marx, el carácter reaccionario del anti-capitalismo de las clases medias de 1848; por otra, habla de sus posturas liberales y democráticas en el plano político. La modificación de la función de las clases medias en el presente periodo es supuestamente una consecuencia de la atenuación en su carácter reaccionario, una atenuación que según los propios criterios de De Man sería más bien una... acentuación de este carácter. En efecto, en un estudio publicado en el Boletín de la Banca Nacional de Bélgica, De Man demuestra que sería ilusorio pretender volver al librecambio: *“sería ilusorio pretender imponerse a las tendencias hacia la autarquía nacional mediante un simple retorno al laissez-faire de nuestros abuelos, partidarios de la completa libertad de la competencia individual. Pues precisamente es este régimen de libertad el que ha dado lugar a los actuales monopolios, mediante el irresistible juego de la concentración de empresas, el creciente predominio del capital financiero y la transmisión hereditaria del poder económico adquirido.”*

Ahora bien, según De Man, lo que hoy caracteriza a la pequeña burguesía es precisamente esta tendencia ilusoria hacia el retorno al régimen de la libertad económica, una tendencia económicamente reaccionaria, pues el monopolio, como reconoce el propio De Man, es una forma superior de desarrollo económico. Pero, sin embargo, según De Man, el hecho de que el capitalismo pase de un estadio progresivo a uno regresivo otorga a las clases medias unas características susceptibles de convertirlas en aliadas del proletariado, a pesar de sus utopías reaccionarias. De nuevo De Man confunde sus deseos con la realidad: que el capitalismo atraviese una fase regresiva no significa que la clase revolucionaria tenga que rechazar el grado de desarrollo que han adquirido las fuerzas económicas, las cuales, por otra parte, dan a la burguesía su carácter reaccionario porque superan en amplitud los límites impuestos por las leyes de la plusvalía capitalista. Significa únicamente que el proletariado necesita armonizar el desarrollo económico con la construcción de nuevas relaciones sociales. **El proletariado no está en contra de los monopolios, así como en general tampoco está en contra del progreso industrial; únicamente lucha contra el modo capitalista de emplear todo el progreso económico, científico, etc., para que éste pase a beneficiar al conjunto de la sociedad mediante la supresión de las clases.** En una fase regresiva del capitalismo, la única clase que tiene

valor revolucionario es el proletariado. En lugar de aplacarse, la pequeña burguesía ve como se acentúan sus características propias del siglo pasado, debido a la violencia que adquieren las relaciones sociales entre las dos clases fundamentales. Su deseo de, como poco, subsistir, le solidarizan con la burguesía, contra la cual no se atreve –igual que en 1848– ni a reivindicar el retorno al antiguo librecambio. El desarrollo fabuloso del capitalismo monopolista le da vértigo y una sensación definitiva de impotencia, por ello pide que el Estado se refuerce, pues en principio es el único que puede mantener el orden, protegiéndola de la tiranía de los monopolios, garantizándole el mínimo necesario para subsistir o vegetar. Cuando el proletariado se agita violentamente, amenazando directamente el capitalismo, y le es posible plantear en un determinado momento la toma del poder, puede llegar a neutralizar a la pequeña burguesía, instaurando un orden que garantice su pequeña existencia. Pero una vez ha pasado esta ola, cuando el proletariado recula, cuando organiza huelgas parciales, generales, avanza, retrocede y emprende de nuevo el camino de la huelga, entonces la pequeña burguesía, enervada por esta inseguridad social, buscando un Estado fuerte, se gira hacia su apoyo natural, que le garantiza un miserable privilegio que a veces se refleja únicamente en esa superioridad “moral” del pequeño-burgués. Éste se inclinará hacia el capitalismo, le rogará que imponga orden en el país y le ayudará a masacrar al proletariado –sin poner en riesgo “sus bienes y su vida”, por supuesto–, verá con satisfacción la llegada del fascismo, que agravará sus condiciones de existencia pero al menos hará que reine “el orden en Varsovia”.

Sin embargo, De Man, dándonos gato por liebre, añade un complemento esencial para comprender el problema: las nuevas clases medias, que dependen del capitalismo porque generalmente son asalariadas, se ven amenazadas a compartir la suerte del proletariado, pero no muestran un anti-obrerismo tan acentuado como los pequeños comerciantes, esos pequeños traficantes que se enfrentan directamente a los trabajadores. Sin ellas es imposible formar un frente de trabajo que otorgue una mayoría al P.O.B. y le permita sacar adelante su plan. No obstante, estas nuevas clases medias no tienen una función distinta al conjunto de las clases medias desde el punto de vista político. El propio De Man, aunque hable de unir el anti-capitalismo de las clases medias con la lucha de la clase obrera, se ve obligado a precisar que se trata de “ciertas capas” de las nuevas clases medias, las mejor pagadas, para las que *“la proletarización no significa tanto angustia material como pérdida de independencia”*. Pero ocurre todo lo contrario, estas capas de clases medias mejor pagadas –funcionarios, técnicos, universitarios– están ligadas a la burguesía, de la que tratan de formar parte mejorando su situación. El hecho de ser asalariados no les confiere virtudes intrínsecas, pues aunque su salario no supere el del obrero, su “educación” permite que subsista esta división de clase que le separa del proletariado. Su dependencia frente al capitalismo, su incapacidad para hacerle frente, su separación del proletariado, sus diversos intereses, no sólo les impiden tener aspiraciones específicas, sino que les hacen más bien aliados del capitalismo que del proletariado, al que están obligados a despreciar para poder ocupar, aunque sea exteriormente, una posición social superior e intermedia. Las clases medias, viejas o nuevas –pues nosotros no vemos ninguna razón para establecer distinciones fundamentales, sobre todo a favor de estas capas mejor pagadas–, estarán ligadas al capitalismo mientras el proletariado, con su acción revolucionaria, no logre conmover a la sociedad lo suficiente como para crear las condiciones que permiten edificar un nuevo orden. Cuando el periodo regresivo del capitalismo coincide con un reflujó revolucionario, las clases medias, cobardes y bizantinas en general, se inclinarán hacia las fuerzas más brutales del capitalismo y le pedirán que limpie la sociedad de la inseguridad que él mismo fermenta, retomando una expresión de Kautsky sobre las nuevas clases medias en su polémica contra Bernstein.

## LAS REFORMAS ESTRUCTURALES

Por reformas estructurales el Sr. De Man entiende *“hacer posible un mejor reparto mediante una transformación del régimen encaminada a lograr una mayor renta nacional, es decir, una producción más adaptada a las necesidades del consumo y que se desarrolle paralelamente a este.”* He aquí una descripción de todo esto: *“la reformas en el reparto pretenden cortar un trozo más grande en una tarta de una dimensión dada; las reformas estructurales pretenden hacer que la tarta sea más grande.”* (Discurso a la comisión sindical en Bélgica).

Las reformas estructurales se derivan del hecho de que la crisis hace imposible luchar por reformas en el reparto, pues éstas *“no benefician a una clase sino en la medida en que perjudican a otras”*. Por lo que *“todo aumento de las cargas sociales en beneficio de la clase obrera se traduce en un aumento de las cargas fiscales del conjunto de la población”*. Dentro de la clase obrera *“los esfuerzos corporativos por mantener un nivel de vida soportable van creando progresivamente un enfrentamiento entre los intereses inmediatos de unas corporaciones y otras: los mineros no pueden combatir su miseria si no vinculan el movimiento de sus salarios al movimiento de los precios del carbón, cuyo aumento perjudica a otras corporaciones obreras, en primer lugar a los ferroviarios y la población en general.”* Y De Man concluye de esta forma: *“Cada vez es más difícil cortar pedazos suficientes en una tarta que se reduce; pero cada vez estamos más capacitados para hacer otra tarta, a medida que esta reducción permite que las clases medias y los ambientes industriales comprendan que no hay otro remedio a la situación.”* La vergonzosa vanidad del reformismo aparece con toda claridad en las formulaciones de este *“teórico socialista”*. Por una parte, se afana en dar una apariencia de verosimilitud a una idea reaccionaria desmentida por la lucha obrera; y por otra, trata de conducir definitivamente a la lucha proletaria hacia una vía muerta.

Según el reformismo, la crisis económica actual hace imposible cualquier lucha reivindicativa de la clase obrera, incluso las defensivas. De Man deja caer esta idea general en la cita que hemos señalado. Lo cierto es que en semejante periodo ninguna lucha parcial puede salir victoriosa si no se generaliza o al menos recibe el apoyo del conjunto de la clase obrera. En un periodo de crisis económica, cada patronal pone a prueba el grado de resistencia del conjunto de la clase, en la medida en que se ve obligada a reducir sus gastos de producción a través de la disminución de los salarios y la reducción de las cargas sociales. En semejante coyuntura, la lucha aislada de una corporación es un absurdo inventado por De Man (absurdo que en la práctica se traduce en la clásica maniobra del reformismo de tratar de aislar las batallas, es decir, de que acaben con una derrota). Por el contrario, las luchas parciales de los trabajadores, de las corporaciones, deben desembocar en un movimiento del conjunto de la clase, una tendencia que se refleja espontáneamente, al menos en países como Bélgica, en la consigna de huelga general. Es perfectamente ridículo pretender, por ejemplo, que los mineros puedan salir victoriosos de una lucha sin que los ferroviarios y otras corporaciones comprendan inmediatamente que deben seguir su ejemplo, so pena de sufrir las consecuencias. Por lo demás, esa es una de las razones que llevan al capitalismo y a sus agentes reformistas a estrangular cualquier movimiento corporativo para que no se generalice entre toda la clase obrera: ahí está el ejemplo de la huelga de julio. Desde el punto de vista de la situación económica en tiempos de crisis, la tesis de De Man no sólo es absurda, sino que es el reflejo de una postura capitalista que consiste en impedir cualquier batalla obrera en este periodo, cuando reina una constante inestabilidad en el conjunto de la sociedad.

El problema esencial para lograr esas reformas estructurales reside en transformar legalmente el propio Estado. Con una mayoría anti-capitalista, constituida gracias a la oposición (!) de las clases medias al



capitalismo financiero, el P.O.B podría limitar el campo de acción del monopolio financiero, desposeerle de manera pacífica y en el contexto de la Constitución belga. Resumiendo, lucha electoral para derribar al capitalismo. Ante esto, sólo hay que echar un vistazo a los últimos quince años de luchas obreras. En particular, los obreros alemanes fueron masacrados por atreverse a concretar su deseo de modificar la estructura de la sociedad en la conquista previa del poder político. Y quienes les masacraron fueron aquellos que, como Noske y Scheideman, se hallaban al frente del Estado alemán; aquellos que proclamaban que se necesitaban reformas estructurales pacíficas, pues sus tratos con el capitalismo eran cada vez más amistosos; aquellos que decían que gracias a su mayoría electoral se establecería el socialismo en Alemania. El ascenso del fascismo al poder ha reducido a la nada estas posiciones reaccionarias y ha planteado el problema en su verdadero terreno: la lucha armada de los proletarios por la conquista del poder. Toda la función de las reformas estructurales de H. De Man, pues, consiste en llevar la verdadera lucha de los trabajadores a un terreno irreal en el que parece ser que se hace imposible tanto la lucha para defender los intereses inmediatos como la lucha histórica del proletariado. Y todo esto en nombre de una reforma estructural que, tanto en su concepto como en sus medios, está hecha para que la burguesía refuerce su Estado de clase, reduciendo a la clase obrera a la impotencia. Esto lo demostraremos en el análisis concreto del plan, que trata el problema del Estado y de su reforma, así como las medidas destinadas a construir esta nueva tarta susceptible de mejorar la situación de la clase obrera y del conjunto de la sociedad.

## **NACIONALISMO BURGUÉS E INTERNACIONALISMO PROLETARIO**

La primera conclusión que podemos sacar de las premisas del plan de trabajo del P.O.B. es su nacionalismo, que le distingue de la fraseología internacionalista de la socialdemocracia tradicional. *“Primero el Plan Nacional”*, dice H. De Man en *Peuple*: ¡el socialismo ha evolucionado! Cuando trataba de mantener la democracia en el terreno político y de producir, en el dominio económico, una mejora material para la clase obrera sin modificar el vigente régimen de propiedad de los grandes medios de producción, el socialismo aún podía conservar ese “concepto doctrinal, y por tanto absoluto, del objetivo final”. Hoy, con la evolución del capitalismo, tras los fracasos de la S.D.N y del B.I.T.<sup>1</sup>, de quienes se esperaba que lucharan por el socialismo “ante todo en el contexto internacional”, es hora de renegar hasta de las frases que hacen referencia a esta noción ya superada de Internacional. El socialismo integral y absoluto implicaría necesariamente una economía mundial, por consiguiente *“un Estado socialista se hallaría ante este dilema: o bien hacer inmediatamente la revolución mundial, para someter al resto del universo al mismo régimen, o bien condenarse al total aislamiento económico respecto al resto del mundo.”*

El plan De Man es pues claramente “nacional-socialista”. En su punto de vista fundamental, no se distingue nada del “nacional-socialismo” fascista. Igual que éste, trata de limitar el campo de la acción histórica del proletariado al terreno nacional, negando toda posibilidad de contacto, ayuda o inspiración en las luchas y las experiencias del proletariado de otros países y, por ello, le obliga a forjar su conciencia de lucha sobre el terreno de los intereses particulares de su propio capitalismo. Igual que este, exalta la comunidad de intereses entre el capitalismo y el proletariado, la necesidad de actuar nacionalmente, mientras afirma, como Hitler, que sus intenciones internacionales son pacíficas.

---

<sup>1</sup> *Bureau International du Travail* (Buró Internacional del Trabajo), creada en 1919 por los firmantes del tratado de Versalles en el marco de la Sociedad de Naciones.

En la posguerra, hasta que Hitler llegó al poder, la socialdemocracia alardeaba de su terminología internacionalista para conservar su influencia. Gracias a la victoria de la revolución rusa y a los intentos insurreccionales de Alemania, Hungría e Italia, los antagonismos de clase adquirieron espontáneamente, tras la guerra, una dirección mundial, en el sentido de que tanto las victorias como las derrotas hacían progresar las luchas revolucionarias, gracias a la experiencia que se sacaba de ellas.

El socialismo integral, o mejor dicho, la revolución mundial, en este periodo, era el objetivo del proletariado, que se apoyaba en Rusia y estaba dirigido por la I.C. Se consideraba que la lucha revolucionaria es un problema de continuidad internacional, de la misma forma que el capitalismo no existe más que como sistema de dominio social mundial.

El proceso de intercambio entre los sectores nacionales del mercado capitalista, el movimiento de exportación de capitales, hacen que se extiendan los antagonismos inter-imperialistas, que por lo demás representan un aspecto concreto e indispensable del funcionamiento del sistema capitalista mundial. La evolución de estos antagonismos puede llevar a la guerra o cruzarse con el desencadenamiento de movimientos revolucionarios. Para que ocurra esto último, el proletariado de un determinado país debe asimilar la experiencia del resto del proletariado, que lucha contra un régimen capitalista análogo en unas condiciones específicas que dependen del grado de desarrollo de los países capitalistas. Esta comprensión, sintetizada por el partido, permite al proletariado desplegar una lucha de carácter internacional contra la burguesía, al concentrar el grado máximo de conciencia al que ha llegado el conjunto de los obreros del mundo entero. El socialismo integral, para el marxismo, representa la relación entre el Estado proletario victorioso y la lucha del proletariado mundial. Este problema no lo ha sabido resolver ni la U.R.S.S. ni la I.C. En el nº 2 de *Bilan* ya hemos planteado que este es el problema que el proletariado deberá resolver en las futuras revoluciones.

El ascenso del fascismo en Alemania cierra un periodo decisivo de la lucha obrera. Los contrastes inter-imperialistas que permitieron encauzar los antagonismos sociales hacia el internacionalismo proletario han girado hacia el extremo opuesto, el estallido de la guerra, gracias al triunfo del centrismo en la I.C. y en el Estado proletario. La socialdemocracia, que fue un elemento esencial en estas derrotas, también es un elemento para la reconstrucción de la vida orgánica del capitalismo y, en este sentido, paralelamente al repliegue nacional de la burguesía, que constituye una expresión concreta de la agudización de las contradicciones imperialistas, emplea un nuevo lenguaje para proseguir su función, rechazando un internacionalismo verbal que ya no es necesario y pasando francamente a la preparación ideológica de los proletarios para la defensa de “su nación”. La llegada del fascismo a Alemania ha hecho añicos la posibilidad de que triunfe la lucha del proletariado polarizado alrededor del Estado soviético, y ahí es donde hallamos la verdadera fuente de la que bebe el plan De Man. Éste representa el intento concreto de sancionar, mediante una adecuada movilización, la derrota sufrida por el internacionalismo revolucionario y de preparar ideológicamente al proletariado para que pueda incorporarse a la lucha que lleva a cabo el capitalismo por desencadenar la guerra. Por eso su nacional-socialismo tiene la misma función que el nacional-socialismo de los fascistas.

\*\*\*

En principio, la evolución de una función social se explica partiendo de la forma que presentaba anteriormente. Así, H. De Man trata de adornar el carácter nacionalista de su plan empleando argumentos “internacionales”, afirmando con energía que el plan es anti-nacionalista en lo que atañe a sus perspectivas. He aquí un catalogo de referencias: “*No dudo en afirmar que si el socialismo belga tuviera que renunciar a su*

*internacionalismo para conquistar el poder gubernamental y la nacionalizar parcialmente la economía, yo sería el primero en decir: ¡ni un paso más en esa dirección!”* Gracias a una economía nacional dirigida podemos evitar esta renuncia, como lo demuestra De Man: *“el objetivo principal de la autarquía es reducir todo lo posible las importaciones, lo que no puede lograrse si no se reducen las exportaciones. Ahora bien, para Bélgica esto supondría la muerte. Por consiguiente, tanto para poder comprar las materias primas y los productos que necesita como para poder pagarlas con las exportaciones, debe, al contrario, desarrollar su comercio exterior a la vez que desarrolla su mercado interno, que para el plan es prioritario [...] ¿Acaso no es más fácil hacer todo esto si se pone orden a la economía nacional siguiendo las directivas del plan, reduciendo el precio de coste de los productos que Bélgica exporta?, ¿y acaso para ello no es necesario librar a nuestras industrias del peso muerto de una maquinaria que en dos terceras partes es inservible, de la manutención de un ejército de parados y de los exagerados gravámenes que se terminan pagando a quienes suministran el crédito y fuerza motriz?”*

De todo esto se deduce que nuestro sapientísimo sociólogo descuida admirablemente sus propias premisas a la hora de demostrar su teoría. Así, después de descubrir en sus primeros artículos que las modificaciones de la estructura económica obligaban a crear un nuevo socialismo para este nuevo capitalismo, tras demostrar doctamente que el repliegue nacional era resultado del propio desarrollo de la estructura económica mundial, De Man reduce el problema de este repliegue de la economía nacional a las sencillas proporciones de los **balances comerciales** de la economía nacional, que dirigida con ayuda de los presupuestos del Estado puede liberar a las empresas del peso que actualmente las aplasta. Así, la tarea internacionalista del proletariado consiste en ayudar al desarrollo del comercio exterior del país, aceptando los sacrificios necesarios para sacar la industria a flote. En fin, se trata de un “internacionalismo” que si bien no es específicamente proletario, engloba a toda la “Nación”. Esta es la idea de De Man, que trata de esconder sus descubrimientos iniciales para convencer a quienes podrían salir corriendo ante su **activo nacionalismo**. Éste se muestra como una necesidad accidental que los obreros podrán hacer desaparecer si se adhieren totalmente a él. Pero el propio De Man nos muestra con bastante claridad qué tipo de nacionalismo predica hoy la socialdemocracia, cuando en las columnas de *Peuple*, inmediatamente después de definir de este “nuevo nacionalismo”, presenta una solución ultra-chovinista a los problemas de defensa nacional.

## **LUCHA REVOLUCIONARIA – ANTICAPITALISMO – FASCISMO**

El segundo objetivo esencial del plan de trabajo es unir a las clases medias y al proletariado en un frente anticapitalista. Hay que aclarar la diferencia fundamental que existe entre anti-capitalismo y lucha proletaria.

El mecanismo de funcionamiento de la sociedad burguesa es esencialmente unitario. Todas las fuerzas vivas de la sociedad deben concentrarse alrededor del Estado, bien sea para luchar económica y políticamente contra otros Estados o por las necesidades de la guerra imperialista, expresión final de aquella lucha. En la medida en que las organizaciones del proletariado están en manos de los proclamados defensores de la democracia, la lucha de clases queda atrapada en las redes de la democracia burguesa y no rompe esta continuidad orgánica, sino que se convierte en uno de sus elementos. Sin embargo, cuando las erupciones sociales rompen las cuerdas de esta red, como ocurrió en la posguerra, el flujo revolucionario confiere a la lucha de clases su verdadera expresión, mientras la burguesía trata de reconstruir inmediatamente, al principio de forma embrionaria, los elementos que permiten recomponer la unidad de

su existencia, o en otras palabras, los elementos que aseguran la continuidad de su dominio. Cuando aquel flujo se revela incapaz de tomar cuerpo en las reivindicaciones revolucionarias de un partido, entonces aquellos embriones empiezan a desarrollarse entre las masas, que tras el estrangulamiento de las organizaciones proletarias ya no existirán como clase independiente. Todo esto teniendo en cuenta que hablamos desde una perspectiva general.

Actualmente, el problema de la represión de las luchas proletarias se plantea en términos diferentes. En lugar de canalizar el flujo proletario, hoy el capitalismo se moviliza alrededor de un proletariado abatido, incapaz de oponer resistencia. Para nosotros, la movilización del capitalismo se explica por las siguientes razones: cuando los contrastes sociales se reflejan en la situación económica de los proletarios y la conciencia de clase de estos no les lleva a reaccionar de manera específica, el capitalismo tiende a aliviar estos contrastes, mejorando su situación a la vez que va elaborando las nociones concretas que le permiten recuperar su indefectible unidad. Para nosotros, el anti-capitalismo se opone a la lucha revolucionaria, mostrándose como una arma ideológica del capitalismo, una adaptación necesaria para ligar al proletariado y sus miserables condiciones con las clases poseedoras, una ideología que encierra la lucha obrera en los límites de la lucha contra el hiper-capitalismo, el capital financiero, una forma de transición para movilizar e incorporar al conjunto de las clases oprimidas alrededor del Estado capitalista. En general, el anti-capitalismo se suele relacionar con las clases medias. Según De Man, es su ideología específica. Para nosotros esto es un profundo error. El anti-capitalismo aparece como respuesta de la burguesía ante la incapacidad del proletariado para resolver las contradicciones de la sociedad capitalista, y va extendiéndose cada vez a más capas proletarias a medida las organizaciones de clase van demostrando su impotencia y va apareciendo la necesidad de reorganizar el Estado capitalista para adecuarlo a la lucha inter-imperialista. Las clases medias son un elemento más del desarrollo de este anti-capitalismo, pero no el decisivo. Cuando se convierten en el elemento decisivo está claro que la ofensiva burguesa se enfrenta ya a un proletariado derrotado. Hay que recordar que la pequeña burguesía, como tal, no es un elemento políticamente activo. La política del proletariado, por tanto, no se debe basar en la supervivencia de esta pequeña burguesía, sino en las propias condiciones de existencia del proletariado, asegurando sus propios deseos y sus posibilidades de crear una nueva sociedad mediante su fuerza revolucionaria.

En la medida en que el proletariado está derrotado, el anti-capitalismo puede encontrar portavoces en la pequeña burguesía, pero sus efectivos se los suministran los trabajadores, el único soporte de masas capaz de cimentar el dominio capitalista. Sin embargo, anti-capitalismo no significa obligatoriamente fascismo, desde el punto de vista de la destrucción de las organizaciones obreras que provoca este último. Al principio el anti-capitalismo es simplemente un esfuerzo para movilizar al proletariado; luego, cuando se identifica con el fascismo, puede pasar a la destrucción brutal de las instituciones obreras. Pero también puede ocurrir que no se identifique con el fascismo, sobre todo si hablamos de los países vencedores de la última guerra y que disfrutaban de una situación más o menos privilegiada, entonces aparece como el complemento indispensable de los gobiernos con plenos poderes. En estas condiciones, el anti-capitalismo sólo se expresa a través de las fuerzas sociales que ya se dedicaban a canalizar las reacciones que provocan los contrastes de clase: la socialdemocracia, la cual se va transformando conforme se va extendiendo. La experiencia del plan De Man es un intento de adaptar la socialdemocracia a las nuevas necesidades del capitalismo. La unión de la lucha de la clase obrera con el anti-capitalismo de las clases medias significa adoptar el programa socialdemócrata, que pretende formar un sólido bloque de todas las clases sociales alrededor del Estado burgués sobre el terreno del anti-capitalismo.

Según De Man, las clases medias hacen necesario este frente único si lo que se quiere es lograr la victoria. Esta es la opinión de Henry De Man al respecto: *“El anti-capitalismo de la pequeña burguesía actual considera al capitalismo como un régimen de monopolio al que hay que reivindicarle libertad”*; es más: *“la oposición de las clases medias se concentra claramente alrededor del capital financiero”*. De esta forma se fabrica un anti-capitalismo fantástico susceptible de incorporarse a la lucha obrera, y llegamos a la banal conclusión de que como el fascismo ha llegado al poder gracias a esta particularidad de las clases medias, si se llevan a cabo unas reformas estructurales que no se limiten a la clase obrera industrial no sólo se evitara el fascismo, sino que además se le reemplazará y se logrará que las masas obreras hagan los sacrificios que pide el capitalismo y se adhieran al plan militar de la burguesía. Y todo ello sin provocar choques de clase que quebranten la armonía social y hagan necesario liquidar a la socialdemocracia, al revelarse incapaz de asegurar el dominio burgués.

Anti-capitalismo, fascismo y lucha revolucionaria, estos son los tres términos que marcan la situación actual en todos los países capitalistas. El proletariado, por una parte, se topa con el fascismo, que ha destruido sus organizaciones de clase, al principio movilizando a las capas pequeñoburguesas y luego a las capas de obreros derrotados y descorazonados; y por otra, con la socialdemocracia, que moviliza a los obreros para vencer al fascismo, adaptando su programa tradicional al anti-capitalismo y persiguiendo los mismos objetivos fascistas, gracias a su unión puramente abstracta con las clases medias. Este es el aspecto esencial del plan de la socialdemocracia belga.

## **EL PLAN DE TRABAJO**

### **A.- La economía mixta.**

Este es el primer punto del plan: *“Instaurar un régimen de economía mixta que incluya, junto al sector privado, un sector nacionalizado que organice el crédito y las principales industrias que ya están monopolizadas.”* La economía mixta que el plan proclama triunfalmente ya la hemos visto en todos los planes reformistas de la socialdemocracia tras la guerra. Concretamente, Otto Bauer proponía algo parecido en Austria en 1919. Volveremos de nuevo sobre este ejemplo que los cañones de Dolfuss se encargaron de rematar definitivamente. Por otra parte, el Sr. L. Laurat<sup>2</sup>, profesor de patriotismo en la C.G.T., también proponía en uno de sus últimos escritos la instauración pacífica de una reforma económica semejante, para evitar el comunismo de guerra y preparar la entrada del proletariado en esta nueva Icaria. Pero ni O. Bauer ni L. Laurat –sobre todo éste último, aunque se presente como un “auténtico marxista”– van más allá de estas banalidades. Por su parte, H. De Man justifica la economía mixta mediante una “profunda” interpretación de la idea de propiedad, pues *“el socialismo no es en absoluto enemigo de la propiedad, sólo es enemigo de un régimen como el del capitalismo industrial, que al separar la propiedad del trabajo, somete a las clases trabajadoras a la explotación y la opresión de quienes detentan los medios de producción.”*

El hecho principal contra el que se rebela el socialismo, según De Man, es la separación que provoca el capitalismo entre los trabajadores y la propiedad de sus medios de producción, por una parte, y los

---

<sup>2</sup> Lucien Laurat, seudónimo de Otto Maschl, fue un comunista austriaco opuesto a la línea estalinista en los años 20. En 1930 se adhirió al Círculo Comunista Democrático de Boris Souvarine y en 1933 al ala izquierda del S.F.I.O. Posteriormente participó de manera destacada en las movilizaciones que lograron que Víctor Serge pudiera salir de la URSS. Laurat tenía buena fama como economista marxista y a la sazón era el responsable de la instrucción económica en el sindicato francés C.G.T. Durante la ocupación nazi escribió en varias revistas colaboracionistas.

valores producidos por su trabajo, por la otra. Esta oposición, según él, explica el “valor moral” de esta expresión de Marx sobre la socialización: la expropiación de los expropiadores, pues Marx no era hostil a la “propiedad en general”, sino a “un régimen que aliena al hombre de los objetos de los que se sirve para trabajar y de los bienes que proporciona su trabajo.” En resumen, para De Man lo más importante y lo que le aparta claramente de “Marx o al menos de la mayor parte de los marxistas”, es esto: en lo que respecta a la aplicación de los principios de Marx sobre la propiedad “a las ramas de la producción que aún no se han visto arrastradas ni lo serán nunca a la órbita de la industrialización, de la concentración de empresas y de la transformación de los productores en proletarios desposeídos”, las reivindicaciones socialistas adquieren una naturaleza muy distinta e importante. De manera que hoy la expropiación de los expropiadores equivale a “transformar los monopolios privados en servicios públicos, y en lo referente al sector no monopolizado, adaptar las soluciones jurídicas del problema de la propiedad al grado y a la forma de la evolución económica en este sector.” En otras palabras, “nacionalizar los monopolios, orientar el capitalismo a través de la economía dirigida allí donde aún evoluciona según la competencia, y donde el capitalismo no ha destruido aún la unidad entre propiedad y trabajo, reforzar y mantener esta unidad”.

Es cierto que Marx decía que “lo que distingue al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa”. Por tanto, para él el problema no consistía en ser enemigo o no de la propiedad privada, sino en percibir el carácter evolutivo de esta idea: la transformación de su carácter individual en social, la desaparición de su carácter de propiedad de una clase y su transformación en propiedad colectiva. Pero el objetivo de De Man es transformar la tesis de Marx que dice que el capital es un producto social –cuya propiedad es burguesa– que se conserva y reproduce gracias al nuevo trabajo de los proletarios, convirtiendo en un simple problema moral esta contradicción entre el carácter individual que le otorga la burguesía y el carácter social que pretende darle el proletariado y haciendo del socialismo un enemigo de la “alienación del hombre respecto a los objetos que emplea para trabajar y al producto de su trabajo”. Esta transformación “moralista” le permite a De Man demostrar tranquilamente que el socialismo no se limitará a proteger al pequeño productor, sino que hará todo lo posible por ayudarle\*, pues como el pequeño productor no está alienado, según esta moralina, debe sobrevivir. Si hacemos caso a este nuevo evangelio, que reduce a una cuestión moral la explotación del hombre por el hombre, el sector no monopolizado de la economía satisface los principios socialistas sobre la propiedad.

Pero el marxismo no tiene nada que ver con estos cuentos bíblicos. Marx, en algunas notas de 1848 encontradas por Riazanov, cuando su pensamiento aún estaba cristalizando, decía: “el comunismo es la abolición objetiva de la propiedad privada, **considerada como la separación del hombre de sí mismo** [es decir, la alienación real de la individualidad humana, N. d. R.], por tanto el comunismo es la apropiación real de la esencia humana por el hombre y para el hombre, el retorno al hombre mismo como individuo social, es decir, como ser humano, un retorno completamente consciente y que se apoya en toda la riqueza del desarrollo anterior” (*Revue Marxiste*, 1927). En esta época, Marx ya vislumbraba la noción de comunismo no como una protesta contra un modo determinado de apropiación individual, sino más bien como una fase superior del desarrollo histórico que suprime las contradicciones dentro de la sociedad y la convierte en un ser social consciente que controla las fuerzas de producción y, de ese modo, la propia naturaleza. Poco

---

\* Remitimos a nuestros lectores a la cita extraída de un estudio de De Man en el Boletín del Banco Nacional de Bélgica, publicada en el nº 4 de *Bilan*, en la que se esfuerza en demostrar que la lucha de los pequeños productores contra el monopolio está condenada al fracaso, por lo que toda ayuda que se les preste es inútil. Pero a De Man no le preocupa contradecirse...

después, en el *Manifiesto Comunista* y en los últimos capítulos del primer tomo de *El Capital*, detalló aún más su pensamiento sobre la propiedad privada como para que no tengamos que insistir más a este respecto. Por ejemplo: *“Los comunistas pueden resumir su teoría en esta única sentencia: abolición de la propiedad privada.”* (*Manifiesto Comunista*). La posibilidad de realizar esta abolición se deriva del hecho de que *“las fuerzas productivas de que dispone la sociedad ya no favorecen el desarrollo de las condiciones de propiedad burguesa; al contrario, se han vuelto demasiado potentes para estas condiciones, que se convierten ahora en trabas”*. El comunismo pretende que la humanidad se libere de su dependencia frente a las fuerzas económicas y naturales. El pequeño productor, a quien De Man le promete que respetará su “unidad económica”, no sólo sería entonces un anacronismo económico, sino un esclavo de las fuerzas económicas, separado del resto de la colectividad. Dados los objetivos del comunismo, en lugar de dejar que sobreviva el pequeño productor, debe hacerle desaparecer, como hace con todos los anacronismos, pero en unas condiciones infinitamente mejores a las del régimen capitalista, pues el Estado proletario le garantizará la supervivencia, al igual que a todos los asalariados. Una vez hemos distinguido entre la necesidad moral del plan y las necesidades del desarrollo de las fuerzas económicas y sociales, podemos decir algo sobre *“las ramas de la producción que quizá nunca se verán arrastradas a la órbita de la industrialización, de la concentración de empresas y de la transformación de los productores independientes en proletarios”*.

De Man declara abiertamente que esto supone resucitar las ideas de Bernstein sobre las clases medias. Sin embargo, Kautsky y R. Luxemburg ya señalaron que aunque las estadísticas mostraran su crecimiento numérico, la importancia económica de éstas disminuye en la misma proporción en la que se desarrolla la concentración industrial. R. Luxemburg decía: *“La lucha de las empresas medianas contra el gran capital no hay que considerarla como una batalla continua en la que las tropas del bando más débil se van consumiendo poco a poco, sino más bien como una siega periódica de pequeños capitales que brotan de nuevo rápidamente para ser segados de nuevo por la gran industria. Estas dos tendencias, la ascendente y la descendente, juegan a la pelota con las clases medias capitalistas y, a fin de cuentas, es la tendencia descendente la que provoca su furia ante el desarrollo de la clase obrera. Pero esto no significa que disminuya el número de empresas medianas, sino que, primero, el capital mínimo necesario para el funcionamiento de las empresas en las antiguas ramas productivas aumenta progresivamente, y segundo, que el intervalo de tiempo durante el cual los pequeños capitales conservan la explotación de las nuevas ramas de la producción disminuye constantemente.”* (¿Reforma o revolución?).

Lo cierto es que la supervivencia de los pequeños capitales –que frecuentemente son la vanguardia técnica del gran capitalismo– depende evidentemente de los altibajos del capitalismo en su conjunto y su desaparición no es posible si no desaparece el propio capitalismo. En este aspecto, el plan demuestra simplemente sus deseos de dejar intacto el sistema económico burgués y nada más.

Pero el verdadero engaño de esta nacionalización mixta basada en conceptos morales se descubre examinando el problema de la expropiación con indemnización. A este respecto, O. Bauer tuvo el honor de anticiparse a De Man; en 1919, demostró que una brutal expropiación de la propiedad capitalista e inmobiliaria sólo acarrearía una formidable devastación de los medios de producción, reduciría a las masas populares a la miseria y consumiría el producto nacional: *“la expropiación de los expropiadores debe llevarse a cabo en orden y de manera adecuada, si no queremos destruir el aparato productivo de la sociedad ni poner obstáculos al desarrollo de la industria y la agricultura...”*. Por tanto, *“las indemnizaciones que deberán recibir los actuales propietarios se sacarán de un impuesto sobre el capital.”* (O. Bauer). Desgraciadamente, en Austria hemos podido ver cómo se indemnizaba a los propietarios capitalistas sin haberles expropiado siquiera. Esto se ha hecho reduciendo los salarios y las pequeñas ganancias, aumentando progresivamente

los impuestos a las capas más pobres de la población. En el mejor de los casos, esto significa que el Estado interviene para compensar las pérdidas de determinadas ramas industriales, gracias a esta plusvalía presupuestaria.

El camarada Gourov<sup>3</sup>, en una carta que ha enviado a los bolcheviques-leninistas de Bélgica (Arbeit-Holanda) sobre el plan De Man, afirma que estos rescates expropiatorios quizá eran concebibles –sólo concebibles– antes de la guerra, pero ahora, con la pauperización de las masas trabajadoras y el aumento del capital constante, esto es absolutamente imposible. Esta hipótesis retrospectiva nos parece que tiene poco fundamento. La victoria revolucionaria no es concebible sin la insurrección de los trabajadores, que representa la más violenta ruptura con la tradición del derecho de propiedad burgués. Tanto antes de la guerra como ahora, la expropiación depende de la victoria del proletariado, que implica inevitablemente una implacable lucha entre las clases que se niegan a desaparecer, con o sin indemnización, y el proletariado, que pretende crear un orden nuevo. Por eso la expropiación de los medios de producción y de los organismos centrales de crédito sólo se puede efectuar mediante la violencia, destruyendo el poder de la burguesía. La revolución rusa es buen ejemplo de que una expropiación violenta viene acompañada de una desorganización económica. Pero cuando es la supervivencia de la clase históricamente reaccionaria que está al frente del mecanismo económico lo que provoca la desorganización de toda la sociedad, el proletariado se ve obligado a plantearse, como decía Marx sobre 1848, unas reivindicaciones *“que aunque parezcan insuficientes e insostenibles desde el punto de vista económico, se irán superando en el curso del movimiento y son indispensables para revolucionar todo el modo de producción”*. Por lo demás, la experiencia de la revolución rusa ha demostrado que sólo tras aplastar a la burguesía se puede pasar a reorganizar la economía sobre la base de la expropiación violenta de los expropiadores.

Pero el problema de la continuidad en el funcionamiento de la economía no sólo está presente en estos sueños socializantes de L. Laurat o de O. Bauer; De Man concreta este problema indicando los límites de la nacionalización en su economía mixta. *“Hay que nacionalizar lo menos posible”*, dice De Man en uno de sus artículos de *Peuple*, *“hay que limitar la nacionalización al mínimo indispensable”*, en base a unas condiciones previas, que son:

1º Como el socialismo es democrático, su acción debe apoyarse, en cualquier situación económica y social, en la voluntad política de la mayoría, en una voluntad que refleje los intereses económicos de las clases sociales.

2º Hay que mantener un amplio sector de economía libre como contrapeso a la burocratización estatal, que se manifiesta en la transformación de los monopolios en servicios públicos.

3º Es imposible formar inmediatamente al personal que debe gestionar adecuadamente las administraciones que han de crearse.

Desde el punto de vista político, la primera y la tercera condición hacen ya imposible cualquier nacionalización orientada hacia el socialismo, pues esto es imposible mediante la gradual conquista pacífica de una mayoría, como ha demostrado la experiencia alemana y austriaca. Además, el hecho de que los apoderados de la burguesía se mantengan en los puestos de mando de la economía confirma claramente la voluntad del plan de respetar la propiedad burguesa y, por tanto, desvela sus verdaderas intenciones. La

---

<sup>3</sup> Gourov era un seudónimo empleado por Trotsky.



segunda condición es un llamamiento demagógico a los pequeños industriales y comerciantes que carece de sentido.

En efecto, las leyes del sistema económico capitalista conllevan, paralelamente a un aumento del capital constante, la concentración de empresas y la centralización de los capitales en manos de una oligarquía que pasa a controlar tanto el Estado como la vida económica. Partiendo de esta base, es imposible que el sector libre pueda resistir a la presión de los grandes monopolios. En lo que respecta al proletariado, no puede coexistir como poder económico y político al lado del poder capitalista, ya se trate de un capitalismo competitivo o no (y el propio capitalismo tampoco permitirá que exista un poder enfrentado al suyo). Los monopolios capitalistas dejarán que sobrevivan algunos sectores “libres”, que estarán continuamente a su merced, pues no disponen de materias primas o capitales que les permitan hacer valer sus propios intereses. El proletariado, al contrario, debe plantear las bases para que desaparezca la economía basada en la transformación de los productos en mercancías y con ella todo el régimen económico capitalista. Por tanto, la diferencia que establece De Man entre la economía nacionalizada y la economía libre se revela totalmente abstracta: la burguesía monopolista domina el sector libre, le somete totalmente, mientras que el Estado proletario implica su completa desaparición, así como la de las clases, gracias al libre desarrollo de las fuerzas de producción.

Resumiendo, hemos demostrado que la economía mixta que propone el plan, desde el punto de vista objetivo, se basa únicamente en el apoyo del Estado a las industrias con pérdidas (lo que él denomina expropiación), algo que tranquiliza a la burguesía y revela las verdaderas intenciones del P.O.B. Por poner un ejemplo, durante la huelga de la industria textil, en la región de Verviers, un dirigente de los sindicatos obreros, el diputado Duchesne, del P.O.B., respondió a un redactor del *Peuple*: “¿Qué es lo que hace el gobierno para ayudar a la industria textil que siempre se encuentra entre las industrias nacionalizadas de segunda fila? ¡Ni siquiera ha creado el organismo crediticio que le reclamamos desde hace tanto tiempo!” (*Peuple*, 1/3/1934).

Esta práctica solución de la economía mixta, que se llevará a cabo gracias a los sacrificios que tendrán que hacer los obreros y que se subordina a la previa conquista de una mayoría constitucional y a un frente de trabajo con las clases medias, se revela como un simple instrumento electoral, un exutorio para los proletarios, a quienes se les pedirá que apoyen el Estado capitalista para que éste pueda intervenir reforzando los sectores económicamente débiles. Y es que, para De Man, el proletariado ya no es una clase llamada construir una nueva sociedad, sino un tropel de borregos que, balando por una mayoría electoral, sólo piden que les den el pasto que necesitan para reproducirse.

### **B.- La nacionalización del crédito.**

Para De Man, nacionalizar el crédito significa: “*crear y poner en marcha un organismo que represente el interés común, un poder directivo único para organizar y distribuir el crédito [...] El organismo que representa el interés común y a quien se puede confiar este poder no es otro que el Estado.*” Esta nacionalización implica crear un Instituto de Crédito, organizado en régimen de cooperativa autónoma, que transforme en un monopolio de interés público el monopolio que actualmente está en manos de los grandes bancos privados. Pero semejante nacionalización tiene sus límites, que consisten en “*conservar los organismos bancarios que se encargan actualmente de distribuir el crédito en beneficio del capital financiero privado.*” Por tanto, no se puede decir que este sistema de distribución vaya a centralizar mucho. Los medios prácticos para esta nacionalización consisten en una legislación *ad hoc* que permita al Estado transferir al Instituto de Crédito los títulos suficientes como para que el Estado tenga capacidad de influir sobre la

dirección de los grandes organismos bancarios. Esta transferencia de títulos, evidentemente, se hará amistosamente o a través de indemnizaciones por la expropiación. El personal de los organismos bancarios no se vería afectado, siempre que colabore “leal y desinteresadamente”, por supuesto. Y para acabar, habría que considerar la posibilidad de crear un comisario financiero elegido directamente por el poder legislativo, un órgano central de dirección para este sector nacionalizado del crédito.

Hay dos ideas en la argumentación de De Man que merecen cierta atención: 1º El Estado representa el bien común; 2º El Instituto de Crédito fusiona al Estado con los bancos.

Como ya hemos señalado, la idea esencial del capitalismo en el periodo actual es movilizar alrededor del Estado a todas las clases de la sociedad. Evidentemente esto es una tendencia congénita a todas las clases que dirigen un Estado y que intentan mantener su dominio. Sin embargo, en el caso del capitalismo, esto se refleja en una forma particular, pues la concentración y la centralización de la economía están destinadas no ya a seguir el camino que pretende la burguesía, sino a desviarse hacia la revuelta de aquella fuerza social que determina el proceso económico: el proletariado. Para subsistir, la burguesía pasa a la ofensiva y, en nombre de sus intereses, concentra activamente las fuerzas sociales de la sociedad alrededor de sus objetivos específicos. Esta concentración sólo puede llevarse a cabo si se modifica radicalmente la función que le corresponde al proletariado, lo cual implica un enorme fortalecimiento del Estado capitalista para que éste pueda instalarse en el centro mismo de las masas; por una parte, el Estado debe ejercer un control directo sobre los explotados mediante la supresión de sus organizaciones y el aumento de los medios represivos que le suministran las propias clases oprimidas, y por otra parte debe producirse un drenaje de proletarios hacia el Estado, que “representa el interés común”.

Esta concentración de fuerzas sociales solo puede realizarse mediante la completa fusión de los monopolios bancarios e industriales –para quienes además el plan prevé la formación de un Consorcio– y el aparato estatal así reforzado. Esto significa que el actual desarrollo de las fuerzas de producción obliga al capitalismo a solucionar sus contradicciones específicas **únicamente** en el terreno de la guerra imperialista por la conquista de nuevos mercados, por lo que todas las ramas de la producción deben estar **directamente** unidas al Estado; el grado que ha alcanzado el desarrollo de la economía prácticamente ha anulado la competencia entre ellas y las ha llevado a fusionarse más o menos completamente. El Instituto de Crédito se corresponde con esta tendencia capitalista, y no es más que un instrumento para ayudar a las ramas con pérdidas.

\*\*\*

Pero la nacionalización del crédito, en sí misma, mientras se deje con vida el poder del Estado capitalista, parece más un pobre camelo que una concepción científica. Desde el punto de vista real, representa el intento de poner al proletariado a disposición del capitalismo, un proletariado que según el plan debe apoyar este fortalecimiento del Estado y su relación con el capital financiero, exigiendo únicamente participar con su trabajo, para que así el Estado pase a expresar fielmente los intereses de la “nación”. Ante la ausencia total de acción obrera, la ideología confusa e incomprensible de la nacionalización del crédito permitirá a los reformistas cloroformizar a los trabajadores para que las maniobras capitalistas se desarrollen con éxito.

## HACIA LA PROSPERIDAD...

El segundo punto del plan se propone *“someter la economía nacional así reorganizada al interés general, tratando de ampliar el mercado interno para reabsorber el paro y crear las condiciones que allanen el camino de una mayor prosperidad económica”*. Y todo esto se conseguirá mediante las siguientes ocurrencias:

1º Una política crediticia que favorezca especialmente a las ramas de la economía que se deben desarrollar si se quiere que el plan tenga éxito.

2º Una política de precios (lucha contra las exacciones de los monopolios, etc.) que tienda a estabilizar las ganancias agrícolas, industriales y comerciales.

3º Una política laboral (reducción del tiempo de trabajo, normalización de los salarios mediante un régimen legal de contratos de trabajo: reconocimiento sindical, comisiones paritarias, convenios colectivos, salario mínimo).

4º Una política monetaria. Reconocimiento de la URSS. Integración del Congo en la nueva economía nacional, etc., etc. Y para terminar, una política fiscal que libere al comercio y la industria y una política de seguridad social basada en unas cotizaciones que deben aportar los trabajadores y sus patronos.

Henos aquí ante la demagogia más estúpida y más burda, que además se expresa con conocimiento de causa. Para reanudar la producción, bastaría pues con una política crediticia. Ahora bien, esta política debería aplicarse ante todo a las ramas principales de la producción: carbón, acero, ferrocarriles, electricidad, etc., ramas cuya monopolización permite nacionalizarlas y que deben funcionar a pleno rendimiento para que el plan tenga éxito, pues de lo contrario no son rentables. Y precisamente son estas industrias –particularmente en un país como Bélgica que vive esencialmente de sus exportaciones industriales– las que producen para el mercado mundial. Por otra parte, las industrias ligeras y de consumo no pueden aumentar su demanda de material en el mercado interno debido al descenso del consumo individual, que por una parte se debe a la disminución del capital variable (salarios) en relación al capital constante, y por otra a la falta de mercados exteriores para las industrias que emplean un reducido capital constante. Por tanto, la política crediticia como mucho representa una ayuda del Estado a las industrias nacionales para que puedan enfrentarse a la competencia extranjera.

Dado que la reanudación de la producción es imposible sobre la base de un aumento del consumo interno, pues esto implicaría que el capitalismo aceptara benévolutamente aumentar el capital variable en relación a la plusvalía, sólo la demanda exterior puede atraer inversiones a estas ramas fundamentales, al mismo tiempo que permite contratar más trabajadores, aumentar los salarios y el consumo interno. A falta de esta reanudación, al capitalismo sólo le queda reducir los gastos de producción y perfeccionar los medios de producción para poder hacer frente a la competencia. Y en esas condiciones –gracias a la falta de mercados y al encogimiento del mercado interno– la reanudación se vuelve imposible sin la intervención militar de los diferentes bloques imperialistas.

Una vez demostrado que es imposible liquidar las contradicciones fundamentales del capitalismo sin liquidar el propio capitalismo, podemos comprender que lo único que pretende el plan es “asombrar”, convencernos poniendo en el escaparate unas palabras pseudocientíficas y unas afirmaciones tan estúpidas como carentes de significado. Así, la estabilización de las ganancias, la política monetaria y la integración del Congo a la economía nacional, se convierten en frases que pretenden impresionar más que explicar una

orientación. Es cierto que De Man es el padre del “misticismo social”, que su intención es crear ideas-fuerza. Y, prometiendo acabar con el paro, un poco a la manera demagógica del fascismo, lanzando un programa económico incomprensible, contradictorio, utópico y reaccionario, cree que puede orientar a las masas hacia los verdaderos objetivos del capitalismo. Hay un punto de estas directivas que se corresponde perfectamente con estos objetivos. Es el que apunta a unir los sindicatos con el Estado, a impedir cualquier conflicto de clase mediante una red legal y obligatoria de comisiones mixtas y arbitrajes. Esta práctica, tan alabada entre los reformistas, sin embargo aún no es legal. Aquí, De Man se acerca a los demócrata-cristianos, quienes ya en 1932 plantearon una reivindicación semejante para cortar de raíz todo intento de lucha. En su conjunto, los objetivos del capitalismo van más allá, y el plan De Man los defiende prudentemente.

Y, en efecto, no es casualidad que De Man exponga el problema de la defensa nacional y de la guerra justo después de haber expuesto su plan y particularmente después de hablar de la absorción de paro mediante el desarrollo del mercado interno. Si la burguesía acepta el plan de trabajo, crearía, según él, las condiciones que permitirían que el proletariado se sumara a la defensa nacional. Al margen de que la burguesía acepte o no, el proletariado, para él, cuando menos debería haber modificado su actitud hacia este problema tras la llegada al poder de Hitler. De Man clama por una defensa nacional aún más eficaz, y evidentemente para él esto implica que la burguesía acepte el plan de trabajo, lo que permitiría reducir la supuesta carga del paro, proteger el mercado interno contra el dumping social de los países de mano de obra barata y crear una “nación mejor”, las únicas condiciones que pueden predisponer al proletariado para la defensa de la “patria”.

Ligar la situación de los trabajadores al problema de la guerra, esa es la verdadera intención de toda la verborrea del plan sobre el impulso a la industria nacional y la extensión del mercado interno. Y desde el punto de vista del capitalismo, esa es la única solución capaz de resolver las contradicciones sociales y económicas que engendra su modo de producción; esta es la única verdad que se esconde tras la campaña del P.O.B., esta campaña demagógica hacia los parados y el conjunto de la clase obrera.

## **EN EL MARCO DE LA CONSTITUCIÓN**

El último punto de plan se propone: *“realizar en el plano político una reforma del Estado y del régimen parlamentario que cree las bases de una verdadera democracia económica y social”*.

En primer lugar, todos los poderes emanarán del sufragio universal, y tanto la independencia como la autoridad del Estado y del poder público sobre el poder económico se garantizarán mediante la organización social y económica del país (que el plan menciona pero no explica). Luego, se prevé crear también un consejo económico adjunto a los comisarios financieros y de transportes –de carácter consultivo pero con derecho de control–. Una Cámara ejercerá el poder legislativo pero será asistida en la elaboración de las leyes por consejos consultivos cuyos miembros serán elegidos al margen del Parlamento y en razón de su competencia.

Resumiendo, la reforma del Estado se limita a suprimir el Senado y a crear consejos corporativos o económicos, que funcionarán de manera centralizada y tendrán un control directo sobre las masas obreras.

Antes de la guerra, la concepción clásica del revisionismo con respecto al Estado consistía en que supuestamente, con el desarrollo de las cooperativas, los sindicatos y el electorado socialista, sería posible

apoderarse gradualmente del Estado y reformarlo para convertirlo en instrumento del socialismo. Para nosotros, el plan concibe el Estado tal y como lo hacían los revisionistas clásicos, mientras que la concepción marxista del Estado es la que tenía Lenin antes de la guerra, la que se concretó en octubre de 1917 en Rusia. El plan De Man lleva esta idea revisionista hasta el extremo, pues en un periodo en el que **no se trata ya de corromper sino de movilizar**, es necesario concretar este concepto de Estado.

Por supuesto que el plan no concibe al Estado tal y como es en realidad, el instrumento de una clase, del mismo modo en que el revisionismo de Bernstein no se basaba en la realidad, sino en un Estado completamente inventado. El Estado capitalista no se basa en el Parlamento o el Senado, sino más bien en la realidad de las bayonetas, en sus múltiples medios de represión, en una administración estatal ligada al capitalismo. En la medida en que el mecanismo democrático, que se yergue sobre la base de estos verdaderos pilares del Estado, oculta a las masas el carácter de clase de las instituciones capitalistas, puede mostrarse como un reflejo “liberal del conjunto de la nación”, mientras corrompe a los jefes proletarios y a sus organizaciones e impide que evolucionen las luchas.

Pero, hoy más que nunca, su realidad se concreta en la represión directa de la lucha obrera, pasando por encima de los prejuicios democráticos ya sea mediante medios “legales” o con los asaltos de las hordas fascistas.

La reforma a la que apunta el plan es, por tanto, esencialmente capitalista, pues en lugar de dirigirse a los pilares fundamentales del aparato estatal, pretende centralizarlo aún más y reforzarlo: los recursos militares de la nación pueden servir tanto para reprimir el movimiento obrero como para preparar la guerra (enrolar mercenarios es una práctica cada vez más común en los países capitalistas democráticos).

El gobierno de plenos poderes es un paso más en esta simplificación del aparato estatal: permite que el capitalismo monopolista intervenga rápidamente, ya sea para luchar contra la clase obrera o contra otros bloques capitalistas. Pero esto no es una reforma, sino un paso más. La verdadera reforma sólo es posible si el capitalismo destruye las organizaciones obreras o las recluta, pues de lo que se trata es de movilizar a los proletarios para la guerra, calentarlos, embriagarlos y dirigirlos contra sus hermanos. **La reforma del Estado que propone el plan hay que considerarla, por tanto, como la variante socialista del gobierno de plenos poderes. Esta es su realidad.**

## **ALGUNAS EXPERIENCIAS HISTÓRICAS**

Como ya hemos dicho, el plan De Man no es una novedad. Después de la guerra ya se intentaron numerosas “reformas” socialistas de la sociedad burguesa. Inmediatamente después de armisticio, la socialdemocracia austriaca lanzó un plan de socialización en unas condiciones bastante favorables. Renner era el Canciller de Austria y O. Bauer fue nombrado por la Asamblea Nacional presidente de la comisión encargada de redactar los proyectos de ley sobre la socialización. Les apoyaba el conjunto del proletariado. A pesar de esto, sólo se votó y se aplicó una ley: la de los consejos de fábrica, quienes en nombre del control de la producción, algo imposible sin una insurrección victoriosa del proletariado, se convirtieron en frenos para aplastar las luchas obreras. El plan de los austro-marxistas, al igual que el plan De Man, en principio pretendía garantizar la continuidad del funcionamiento económico, procediendo gradual y pacíficamente por la vía de la democracia. *“La revolución política (?) ha sido obra de la violencia”, decía O. Bauer, “la revolución social sólo puede ser obra de un trabajo constructivo y organizativo.”* (Arbeiter-Zeitung, 1919). Se

debían socializar las industrias fundamentales, expropiándolas a cambio de una indemnización integral mediante un impuesto sobre la renta. Había que conservar un sector libre, pero dirigido, y el Estado jugaría el papel de árbitro entre los explotados y los capitalistas no expropiados y participaría en la gestión de las ramas socializadas. Evidentemente, el sufragio universal debía ser el árbitro supremo que eligiera los poderes públicos.

En esta época, la Comuna húngara era un ejemplo contagioso para los obreros austriacos; por eso apareció la socialdemocracia con sus proyectos socializantes. Después de 1920, una vez canalizados los obreros alrededor de la socialdemocracia y aplastada la Comuna húngara, el bloque de las fuerzas burguesas sustituyó democráticamente a Renner y puso en su lugar a un social-cristiano. Inmediatamente toda esa palabrería sobre la socialización se relegó a los museos como decoración y empezó de nuevo la lucha por la conquista pacífica de la mayoría. Los cañones de Dollfus, estas últimas semanas, acaban de solucionar el problema de la mayoría, así como el de la socialización: es la fuerza, la correlación de fuerzas, la única que puede resolver definitivamente el problema del Estado y el de la socialización.

\*\*\*

La única experiencia histórica que ha sido concluyente en la resolución de estos problemas ha sido la revolución rusa, evidentemente. El punto central de la lucha de los bolcheviques era tomar primero el poder político: apoderarse del Estado, derribarlo y levantar el Estado proletario; la dictadura de la clase obrera a través de su partido revolucionario es la única medida que permite abatir el poder capitalista y socializar los medios de producción fundamentales, simple y llanamente expropiándolos, así como expropiar los bancos y centralizar el crédito en manos del Estado proletario. La experiencia rusa fue la respuesta proletaria a las convulsiones sociales surgidas de la guerra y abordó el problema del poder proletario en su verdadera perspectiva. En cambio, la experiencia austriaca, al igual que la alemana, representa la respuesta capitalista, es decir, el estrangulamiento de la lucha revolucionaria a través de la socialización pacífica, dejando que subsista el poder capitalista y su aparato estatal. La derrota del proletariado alemán, a quién se le había otorgado la constitución democrática de Weimar como testimonio de que era posible socializar pacíficamente gracias al apoyo de la mayoría, como en Austria, mostró claramente los inevitables y lógicos resultados que conllevan estos planes de reforma efectuados en el marco de la constitución y en nombre de las sagradas mesas de la democracia burguesa. En la inmediata posguerra, el capitalismo tenía que detener la lucha revolucionaria del proletariado, canalizarlo alrededor de objetivos que permitieran al capitalismo organizar su resistencia y preparar su ofensiva. Hoy de lo que se trata es de movilizar al proletariado alrededor de la lucha capitalista, aniquilando toda posibilidad de lucha clasista: los actuales planes de la socialdemocracia y la N. R. A. de Roosevelt\* con sus códigos del trabajo responden al mismo objetivo, acentuar la centralización del aparato estatal y su relación con el capital financiero.

## **LA SITUACIÓN BELGA Y EL PLAN**

La huelga general de julio de 1932 fue la reacción culminante del proletariado belga al progresivo deterioro de sus condiciones de vida. Su amplitud hizo comprender a la burguesía que era imposible mantener su dominio con los medios tradicionales de la democracia burguesa y el apoyo total de las organizaciones socialdemócratas. Tenía que reorganizar su dominio, crear unas condiciones en las que la

---

\* Véase el estudio sobre el plan de Roosevelt que se publicó en el nº 3 de *Bilan*.

impotencia de los obreros se conjugase con la posibilidad de reducir sus condiciones de vida, sus libertades de clase y de organización. Por eso el torpedeo de la huelga de julio por parte de la socialdemocracia tuvo como epílogo la disolución de las Cortes. El P.O.B. se puso inmediatamente a canalizar la lucha obrera alrededor de las elecciones.

El resultado fue que después de enero de 1933, confiada con su estable mayoría parlamentaria y tras haber salido airosa de una de las más importantes batallas del proletariado, la burguesía se dirigió hacia la formación de un gobierno de plenos poderes. Los decretos-ley de este gobierno golpearon duramente a la clase obrera y provocaron una cierta efervescencia entre los trabajadores, que se expresaron hasta abril a través de manifestaciones, a menudo pacíficas pero a veces violentas. Como respuesta, el P.O.B. redactó una petición para que se disolvieran las Cortes *“por haber engañado al país”*. Se trataba de ahogar el deseo de lucha de los obreros. La maniobra se efectuó con un brillante éxito gracias a que la izquierda socialista pudo movilizar a los obreros para esta comedia empleando una fraseología revolucionaria. En esta época, la debilidad de los comunistas no les permitió dar a conocer su posición\*\*.

La izquierda socialista se reveló entonces como la expresión esencial del P.O.B. Se desarrolló inmediatamente después de la huelga de julio como respuesta socialdemócrata al disgusto y la indignación de las masas, como un instrumento bien adaptado a las nuevas circunstancias y que permitía dar continuidad a la función de la socialdemocracia entre los obreros. La rapidez con la que se desarrolló esta izquierda se correspondió con toda una sucesión de maniobras reformistas para frenar la lucha, y su apogeo llegó después de abril de 1933.

Las lecciones de este periodo pueden resumirse así: la conmoción de julio de 1932 obligó a la burguesía a orientarse hacia la reorganización de su aparato de dominio. Llegó el gobierno de plenos poderes. El P.O.B se ofreció voluntariamente a participar en esta transformación, iniciando el estrangulamiento de la lucha de clases mientras las izquierdas socialistas que iban surgiendo retenían a los proletarios detrás del Partido Obrero.

Este periodo concluyó con una profunda derrota de la clase obrera, que vio como sus organizaciones sindicales empezaron a sucumbir ante los golpes directos del gobierno cuando comenzaron a aplicarse los decretos-ley. Sin embargo, los deseos de luchar de los obreros aún no se habían apagado y, en octubre de 1933, los mineros fracasaron al tratar de desencadenar una huelga general. A pesar del resultado del referéndum, que tuvo un 90% de sufragios a favor del “sí”, la maniobra para evitar la huelga triunfó gracias a las izquierdas socialistas.

Llegados a noviembre de 1933, cuando apareció el plan De Man, gracias sus izquierdas, el P.O.B. había logrado aplastar todo intento de lucha. Pero tras los sucesos de Alemania, incluso esto era insuficiente: lo principal era reorganizar el aparato estatal para precipitar los antagonismos inter-imperialistas y paralizar definitivamente a la clase obrera. Incluso en el propio seno de la burguesía ya se dejaban oír voces sobre la reorganización corporativa del Estado, sobre todo en los medios de la juventud católica. Es entonces cuando el Sr. Crockaert, antiguo ministro de las colonias, personalidad destacada del partido católico, lanzó sus violentos ataques contra el hiper-capitalismo, la “muralla del dinero”, etc.

---

\*\* Evidentemente no nos referimos a los bolcheviques-leninistas, que apoyaron la petición (¡¡al mismo tiempo que la denunciaban!!) en nombre de la “la teoría de la experiencia”.

Para responder a estos nuevos intereses del capitalismo, que trataba como poco de sobrevivir, la socialdemocracia tuvo que adaptar su programa. Y los requisitos concretos que le permitían hacerlo ya se cumplían: la inmovilización del proletariado y su unión a la socialdemocracia a través de las izquierdas socialistas. Era el momento oportuno para que apareciera el plan De Man: en su conjunto, el P.O.B., desde la derecha a la extrema izquierda, estaba preparado para difundirlo entre la clase obrera como única solución a su miseria.

El plan De Man, pues, es un intento de sustituir el programa “socialista” del P.O.B. por otro claramente capitalista, un programa que responda a la nueva orientación de la burguesía belga.

## LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y EL PLAN DE TRABAJO

La función de la socialdemocracia desde la pasada posguerra ha cambiado, y también lo hará en el futuro. De la misma forma que evoluciona la conciencia de clase del proletariado, también evoluciona progresivamente esta función, en un sentido de mayor acercamiento al capitalismo. Todas las circunstancias de posguerra confirman esta apreciación, pues a medida que se clarifican los antagonismos sociales, a medida que se concretan en la conciencia proletaria a través de la reivindicación de la revolución comunista, la socialdemocracia se ve obligada a acentuar su subordinación al capitalismo. La llegada del fascismo en Alemania y el hundimiento de la socialdemocracia alemana reflejan su destino y el aspecto que adquiere su función en las particulares condiciones de los países capitalistas que salieron derrotados con el tratado de Versalles, carentes de ese circuito de colonias. Estas condiciones requieren la aniquilación de la fermentación proletaria mediante la destrucción violenta de sus organizaciones de clase. Esa es la única forma que tiene el capitalismo para movilizar al conjunto del proletariado alrededor del Estado así reorganizado.

Afirmar, como lo hace el camarada Gourov en una carta a la oposición belga sobre el plan De Man, que tras los sucesos de Alemania la socialdemocracia se ve obligada a defender su propia existencia y por eso luchará contra el fascismo, o que para ella el peligro ya no está a la izquierda, sino a la derecha, equivale a invertir completamente los términos del problema. La función **esencial** de la socialdemocracia permanece **esencialmente** inalterable y en el periodo actual progresa constantemente: tras la victoria del fascismo en Alemania, la socialdemocracia, que aún sobrevive en los países democráticos, no puede sino dar una vuelta de tuerca más a su función, y no precisamente acercándose a los intereses del proletariado –algo imposible tras 1914– sino a los del propio capitalismo, concentrándose alrededor de las supuestas conquistas democráticas que el proletariado ha adquirido en el régimen capitalista, concentración que se refleja en el bloque que forma con la burguesía por la defensa del régimen nacional democrático contra el fascismo de Hitler y de Mussolini. Como acaba de demostrar el ejemplo francés, esta posición de la socialdemocracia permite que el capitalismo se oriente hacia la formación de gobiernos de plenos poderes con el objetivo de preparar a la “nación” para la guerra.

\*\*\*

Una vez hechas estas consideraciones, vamos a ver cuáles han sido las posiciones que han adoptado el Partido Comunista, la Oposición de Izquierda y la Liga de los Comunistas Internacionalistas. Pero antes nos parece interesante señalar la postura que han adoptado las izquierdas socialistas ante el plan: su acuerdo fue unánime tras el Congreso de Navidad del P.O.B., en el que la izquierda presentó una tímida resolución



sobre las condiciones que determinan que la lucha sea legal o ilegal, cuyo “espíritu” fue aceptado por De Man. Su órgano, *L’Action Socialiste*, desplegó una campaña para crear esa “mística del plan”. En esa época existía ya un conflicto bastante importante en la industria textil de la región de Verviers; la izquierda socialista ni siquiera intentó conciliar su famosa mística con la lucha en curso. Eso ocurrió algo después, cuando a través de un referéndum los obreros textiles expresaron su deseo de que se convocara una huelga general y la batalla parecía inevitable. Sólo entonces la izquierda socialista se atrevió a relacionar tímidamente el plan de trabajo con este conflicto, pidiendo al Partido Obrero que no “desfalleciera” para evitar las “decepciones”. Por otra parte, tras aceptar con entusiasmo el plan De Man, la izquierda socialista se tapó los ojos ante el problema de la defensa nacional. En resumen, nuestra opinión sobre la Segunda Internacional y tres cuartos, publicada en el nº 1 de *Bilan* (“*las izquierdas socialistas no evolucionan hacia el comunismo, sino hacia la socialdemocracia*”), se ha visto plenamente confirmada con la evolución que ha sufrido la izquierda socialista en Bélgica.

Por lo que respecta a la actitud del partido comunista, aunque éste mantenía una postura de clase, es decir, de lucha abierta contra el plan de trabajo, no tenía ninguna repercusión debido a su completo aislamiento en el propio terreno de la lucha de clases: los sindicatos. Sus gritos contra la fascistización de la socialdemocracia, por sí mismos, no sólo no explicaban el significado histórico concreto del plan, sino que les servía para justificar su separación de las organizaciones de clase, a las que confundía con su dirección reformista. Por otra parte, su oposición al plan perdió todo su valor cuando paralelamente formaron un frente único con los “social-fascistas” para que el gobierno reconociera a la URSS, por no hablar de que su oposición al plan era exclusivamente verbal y se expresaba mediante injurias más que con consignas de lucha para la movilización de los sindicatos.

En cuanto a la Oposición de Izquierda, su reacción contra el plan fue espantosamente confusa. Conviene primero señalar que su consigna principal: “por un gobierno socialista”, le llevó primero a dar su apoyo “práctico” a la lucha por la implantación del plan De Man. Es cierto que surgió una oposición a esta postura. Por otra parte, en la carta ya mencionada, el camarada Gourov propugnaba una actitud intermedia, que consistía en denunciar el “plan tramposo” a la vez que se declaraba dispuesto a luchar codo a codo con los socialistas en el caso en que la burguesía se opusiera a él. Su órgano, la *Voix Communiste*, decía en noviembre de 1933 sobre el plan: “*Los jefes del P.O.B. exigen el poder para realizar un plan que en cinco años suprimirá el paro y dará el pan necesario a todos. Luchemos por llevarles al poder. Exijamos la preparación de una huelga general que tenga como reivindicación principal la dimisión del gobierno de Broqueville y la instauración de un ‘gobierno socialista’*”.

Fue a partir de enero de 1934 cuando la *Voix Communiste* empezó a oponerse tímidamente. Su resolución del 14 de enero decía: “*el plan de trabajo que ha aprobado el Congreso del P.O.B. es un nuevo instrumento conservador de la democracia*”, pero los comentarios que acompañaban a esta resolución destruían completamente el valor de esta afirmación. Y es que para ellos la nacionalización de bancos y de la gran industria, así como el hecho de que la socialdemocracia, “*frente a la tendencia cada vez más reaccionaria de los dirigentes burgueses, plantea su candidatura al poder prometiendo una mejora inmediata de la suerte de las masas obreras y pequeño burguesas y conservar y desarrollar (?) los derechos adquiridos*”, son elementos positivos para la lucha revolucionaria. Una vez publicada esta resolución, que aunque contradecía toda su campaña de apoyo “práctico” al plan se presentó como su lógica consecuencia, la Oposición de Izquierda se limitó a criticar el problema de la defensa nacional tal y como lo plantea el plan, intentando “salvar” a la izquierda socialista y a la Joven Guardia Socialista de la horrible trampa a la que les llevaba la perfidia de De Man.

Pero en lugar de atraer a esta izquierda, las consignas de la Oposición de Izquierda la han acercado a ella. La postura de la Oposición, sobre todo a partir de abril de 1933, partía de la base de que esta izquierda supuestamente evolucionaba hacia el comunismo, por lo que había que impulsar esta evolución apoyándoles en su lucha contra el reformismo.

Resumiendo, el único grupo que ha adoptado una actitud clasista en medio de esta campaña de movilización de los obreros por parte del capitalismo, haciendo frente a la descomposición centrista y a la impotencia de la Oposición de Izquierda, ha sido la Liga de los Comunistas Internacionalistas. Ya en la época de la petición fue la única que adoptó una postura claramente en contra, una posición categórica de lucha. Y también se opuso al plan De Man: *“el deber de todo revolucionario”, dice el Boletín de la Liga, “ante este nuevo engaño, consiste en aclarar a los trabajadores el verdadero significado de este complot reaccionario que se llama plan De Man”.*

Por tanto, en Bélgica, la Liga de los Comunistas es la única formación proletaria que actualmente trata de oponerse al plan De Man, el único núcleo revolucionario que refleja la oposición del proletariado a las fuerzas reaccionarias del P.O.B. Su debilidad extrema refleja la debilidad del proletariado belga en la actual situación para oponerse al ataque del capitalismo.

El plan no se ha topado con una seria resistencia por parte de la clase obrera, y eso que estamos en un periodo en el que la amenaza de conflicto está a la orden del día. De Man ha presentado su plan en la Comisión Sindical de Bélgica con un extraordinario cinismo: nada de huelgas parciales o generales, estos son mitos a derribar. He aquí su lenguaje. Ya no se trata de desempeñar el papel de “guardafrenos” de la lucha revolucionaria de los obreros, sino de llevarla hacia unos objetivos que la hagan imposible. Trabajadores y burgueses están en la misma balsa y a la deriva, deben luchar juntos. Esta es la idea esencial del plan y ahí es donde se revela su función socialdemócrata: *“sofocar la lucha de clases, agitar los espíritus, crear una atmósfera, un ambiente (una mística como dicen algunos socialistas), un entusiasmo que permita que los obreros acepten los sacrificios a través de una “alianza” con otras clases, como si esto fuera un paso hacia el socialismo. Tiende a reforzar la “Unión Sagrada” con la burguesía que selló en 1914”.* (Boletín de la Liga de los Comunistas Internacionalistas).

Con el plan De Man la socialdemocracia intenta adaptarse a las necesidades de este nuevo capitalismo “democrático”, movilizándolo a toda la “nación” para la futura guerra a través del estrangulamiento de la lucha de clases. La miseria de los trabajadores ya no les llevará a la lucha reivindicativa, que es la única condición que permite pasar a las luchas generales y revolucionarias, sino al rescate de la nación capitalista en su conjunto, algo que sólo es posible si el proletariado se suma a la defensa nacional. Esta es la realidad de la lucha socialdemócrata en su fase actual. Sólo la lucha revolucionaria contra toda la socialdemocracia, llevada a cabo por las fracciones de izquierda, permitirá forjar las armas ideológicas para combatir simultáneamente tanto la putrefacción del centrismo como a los agentes de la burguesía, permitiendo al proletariado levantar cabeza y retomar su lucha de manera victoriosa.